

CONFERENCIA DE APERTURA

Jornadas de Literatura y Psicoanálisis: «Qué-hacer con las letras. Texturas del psicoanálisis y la literatura»

Montevideo, 1 y 2 de abril de 2016



MARTA LABRAGA DE MIRZA¹

Desde nuestras primeras Jornadas de Literatura y Psicoanálisis², en 1995, aun en la discontinuidad mantuvimos hasta el presente la perspectiva de realización de jornadas abiertas al medio, compartiendo nuestra especial relación con las letras, la escritura, el arte y la creación.

Como destacamos en la convocatoria entre lo íntimo, privado y singular del decir del acto analítico en su reserva transferencial y el alcance mayestático, especulativo y conceptual de la teoría, de la metapsicología, en su búsqueda organizadora y reflexiva de entender al sujeto, hay un hiato incolmable. Esto propio del psicoanálisis es similar en el arte y en la literatura. El arte de la metáfora no puede ser desmontado sin perderla,

- 1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. martalabraga@gmail.com
- 2 Nuestras primeras jornadas fueron en 1995, bajo el título «Discurso literario-discurso psicoanalítico (tiempos, escenarios, personajes)». Constituimos, en ese momento, una comisión amplia: Beatriz de León de Bernardi, Juan Carlos Capo, Laura Verissimo de Posadas, Beatriz Suárez Lope, Gladys Franco, Marta Labraga de Mirza (coordinación), dentro del marco de actividades del Centro de Intercambio de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay que dirigía Paulina V. de Hoffnung. Desde 2009 en adelante, la comisión estuvo integrada por Gladys Franco, Laura Verissimo, Marta Labraga y, en especial para estas de 2016, trabajó con nosotras Susana Balparda, directora del Centro de Intercambio.

y buscamos qué travesía se produce desde la literatura a la teorización en psicoanálisis, qué lugar ocupan las letras en nuestro quehacer y cómo somos afectados por las obras literarias en nuestra práctica clínica.

Este lazo de interés profundo encierra una posición y una concepción del psicoanálisis: no entendemos la clínica psicoanalítica y la teorización del psicoanálisis de otro modo que no sean atravesadas por las letras, y estas fronteras de todas estas disciplinas con el psicoanálisis son ese borde permanente por donde crecen estos campos de subjetivación; todo lo que nos proponemos en cada una de estas actividades como formas de trabajo con el lenguaje y las imágenes promueve la producción del sujeto.

En esta convocatoria del presente, el punto de partida fue un desacomodo y un cierto desconcierto desde la actualidad. La formulación parece condensar un oficio y una práctica, un trabajo *con* y *de* letras, la literatura en sus vertientes dramática, narrativa, poética y también como campo de imágenes, red significativa que subtiende el cine o las artes plásticas. Pero también hay en la frase una doble postulación: el camino que se abre a lo que sí se puede hacer con las letras —como conocido y tal vez repetido y tranquilizador— y la pregunta que encierra la frase, entre impotente y rebelde: ¿De qué modo poner de manifiesto cómo solo las formas artísticas, de creación, nos sostienen y hacen entrar sus mundos metafóricos en el discurso del psicoanálisis? ¿Cómo no perder en medio de lo modélico y abstracto de la teoría esas formas siempre *actuales*, diversas y singulares que trae la literatura de entender el cuerpo de la letra y el decir del cuerpo sexual y sexuado en las vías del deseo, la angustia, el goce?

Quizás el desacomodo venga de que el valor de la relación entre literatura y psicoanálisis ya no es cuestionable, no está puesto en duda, aunque siempre haya que reconocerla. Pero hay que dar un paso más y mayor en nuestra contemporaneidad, y es contrarrestar la neutralización, la modelización y la banalización de esa relación, y lograr que en los distintos campos —en lo que nos pueden decir las letras y qué hacer con ellas, y en lo que nos va diciendo lo psicoanalítico como experiencia de una práctica de lenguaje— podamos alejar el interpretacionismo, la lectura canónica, la coagulación interminable de sentidos, el apagamiento de lo nuevo.

Entendemos que todos estos trabajos presentados son la manifestación de algo central, toman autores clásicos o bien actuales y próximos

porque el lenguaje se les ha vuelto problema, pero también los modos del vivir; para soportar y resistir este *más allá del malestar en la cultura* de un mundo que nos perturba y donde *malestar* es un término suave para nombrar su impacto. El empuje a la cientificidad, bajo la forma de deseo de claridad y comprensión, ha llevado al psicoanálisis a un punto difícil y a otro viraje de su historia: neurociencias o literatura. Nos parece una disyuntiva falsa, que no nos hace honor a los analistas y que ningún estudio debería sostener. Nos sostenemos todos los humanos de discursos, campos donde vivimos y creamos, y entre *el mapa y el territorio* debemos trazar recorridos de signos y no de sentidos, que advendrán, realmente, por añadidura.

La subjetivación, la comprensión del sufrimiento, los padecimientos de lo traumático y de las pérdidas no pueden ser entendidos desde una concepción del cuerpo-mente general y que siga el paradigma de la ciencia, sino de un encuentro significativo de sujetos; encuentro y desencuentro que haga lazo con otro que es siempre, si está allí, un ser que ha leído y sufrido. Eso es lo que quería decir Foucault (2012) cuando nombraba la experiencia de adentrarse en uno mismo, de escribir, como un *beau danger* («bello peligro»), un registro de intimidación inédito, no como interpretador hermeneuta, sino como alguien que mide desde ciertos ángulos la distancia existente entre el pasado y la actualidad; «colocarse por la escritura en la distancia que nos separa de la muerte» (p. 81) y rastrear una verdad que hace «que yo no esté muerto en el momento en que escribo sobre ciertas cosas muertas» (p. 81). También evocamos a Badiou (2009), que nos habla de peligro o de riesgo en la *empresa* del amor, que —como la guerra— no puede ser como tratan de presentarla, sin riesgos, «o muertos».

Queremos reconocer que esa relación existe. Queremos volverla a vivir o revivir, visitar las lecturas de los maestros y tener el reencuentro con el placer de la lectura, del espectáculo teatral, de las artes plásticas, de la imagen en cine y de la reflexión dolorida de la polis; eso, tratando siempre de poner a raya la homogeneización de los modelos de consumo de mercado y los discursos hegemónicos.

Nos interesa leer y releer no solo a los clásicos y los grandes artistas, *les belles lettres*, sino seguir las creaciones del presente, que *se hacen* muchas veces a partir de una microficción de la biografía singular, perturbadas

y perturbadoras, donde surgen las facetas diferentes del erotismo y de la muerte, como pasa en dramaturgia con los trabajos de un director-escritor y sus actores. Arman y dan estructura a partir de sus propias experiencias personales a una obra, en una forma diferente a los conceptos establecidos de representación. Y en cine o en narrativas actuales, escuchar el resto, el fragmento, lo incipiente que se abre paso, permitírnos escuchar la evocación, la alusión, la invocación, la elisión. En nuestros dos campos, eso también incluye estar abiertos *al horizonte de subjetividad de nuestro tiempo* y ser capaces de reducir el agobiante universo de sentidos, el que puede terminar en vacuidad o en falsa explicación conductual.

«El sentido eso obstruye, pero con la ayuda de aquello que se llama escritura poética [...] [se puede] tener la dimensión de lo que podría ser la interpretación analítica» (Lacan, 1977).

El mundo de Freud y la necesidad de justificación de cientificidad de su obra hace mucho que quedaron atrás porque nacían de la búsqueda de ser aceptado en el contexto de su época, en esa Viena del siglo XIX a la que verdaderamente pertenecía Freud en la concepción de la teoría, aunque el salto subjetivo que promovió fuera tan enorme y tan vigente en sus efectos. Sin embargo, la acusación de falta de cientificidad perdura hasta hoy; la crítica continua a los presupuestos analíticos y la acusación variada de falsedad, la presión hacia el encuentro de un basamento científico-orgánico de las perturbaciones psíquicas siguen actuando en el presente.

Ya hacia el fin de su vida, Freud dijo:

Todo el mundo cree que yo me atengo, antes que nada, al carácter científico de mi trabajo y que mi meta principal es el tratamiento de las enfermedades mentales. Es un tremendo error que ha prevalecido durante años. [...] Yo soy un científico por necesidad, y no por vocación. Soy, en realidad, por naturaleza, un artista. [...] Mis libros, de hecho, se parecen más a obras de imaginación que a tratados de patología [...]. En el psicoanálisis usted encontrará reunidas, aunque transformadas en jerga científica, las tres grandes escuelas literarias del s. XIX: Heine, Zola y Mallarmé... bajo el patrocinio de mi viejo maestro Goethe. (Freud, citado por Ansermet, 1990, p. 6)

Dice Roudinesco que Lacan con su estilo y enseñanza restauraba la figura freudiana del maestro socrático en una época en la que «ésta era considerada nefasta por la IPA... preocupada por formar buenos profesionales del psicoanálisis». Y este es un gran riesgo actual aunque venga de lejos: que se desarrolle no el analista que puede estar en transferencia con sus maestros y admirarlos trabajando con ellos, sino el analista-amaestrado, un psicoanalista como *profesional* de lo psíquico, movido por el interés de *encaminar* a los pacientes a una supuesta *felicidad*, borrando el conflicto en *provecho de un ideal de gestión tranquila*. La verdadera fidelidad a una herencia y a los destinos de la filiación es poder ser infiel. Y serle infiel es no seguirla literalmente, ni totalmente, en una totalidad imposible, sino separarse, pensar, tomar distancia para introducirse en las fisuras y contradicciones de una obra o de un pensamiento. De otro modo, sí estaríamos en la verdadera infidelidad.

Y para esos modos de reflexión que arrastran nuestros universos inconscientes, nuestros modos oscuros de sufrir y nuestras limitaciones tenemos la travesía de las letras.

¿Desde dónde estamos pensando? Desde un lugar incómodo, entre aquellos que se dedican a la literatura aparece el recelo de la *aplicación*, del abuso de la disciplina psicoanalítica interpretativa sobre lo literario. Entre los analistas, la desconfianza de los imaginarios y de la falta de seriedad científica o de experiencia clínica. El deseo de valorizar siempre la otra jerga, el entrelazado conceptual de la metapsicología considerada corpus de pensamiento. Pero, además, en el presente a veces sigue el ataque al psicoanálisis y a las letras a partir de un *¿para qué sirven?*

E. Roudinesco (2015) —como escritora de *La batalla de los 100 años*, sobre la historia del psicoanálisis en Francia, y ahora autora de una nueva historia, más que biografía de Freud— comenta que *El libro negro del psicoanálisis* que se publicó en Europa con difusión masiva y hecho por antiguos analistas muy pensantes dice que tiene seiscientos errores. Los inventarió y difundió, hecho por el que le hicieron un juicio por difamación, el cual lo ganó.

Asimismo, también de un modo oficial, la literatura sufre embates caricaturales pero terribles, como el del año pasado, cuando surgió la noticia desde Japón —ese mundo tan admirado por su literatura, con creadores

de mundos complejos de personajes oscuros o torturados y hondamente sensibles y reflexivos— de una decisión política: deshaciendo el concepto mismo de polis, se determinó cerrar las facultades de humanidades y de ciencias sociales con el argumento de que eran «teóricas, inútiles y desconectadas de la economía». Más allá de las resoluciones posteriores, esto nos importa porque enuncia algo que vuelve a advertirnos sobre que siempre puede aparecer para el arte y el psicoanálisis una amenaza-deseo de muerte³.

El psiquismo no es la mente, pero además no está allí el mayor punto de discusión, sino en tratar de captar cómo aparece magníficamente en todos los trabajos que las humanidades y el arte son las formas de mantener, *no* el humanismo —que hace siempre estragos (el psicoanálisis no es un humanismo)—, sino la subjetivación. Esas posibilidades de producción de sujetos —que solo se logra a través del dolor, de la pérdida, de la angustia o el vacío de donde surgen la creación, la metáfora— son las que cada vez pueden aparecer más amenazadas. Y, entonces, cómo no pensar «¿Qué hacer?»... ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Ansermet, F. (1990). *La psicosis en el texto*. Buenos Aires: Manantial.
- Badiou, A. (2009). *Eloge de l'amour*. Barcelona: Flammarion.
- Foucault, M. (2012). *Un peligro que seduce: Entrevista con Claude Bonnefoy*. Madrid: Cuatroediciones.
- Lacan, J. (1977). L'insu que sait de l'une-bevue s'aile à mourre (Seminario del 19 de abril de 1977). Disponible en: <http://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/1977.04.19.pdf>
- Roudinesco, E. (2015). *Freud: En su tiempo y en el nuestro*. Buenos Aires: Debate.
- Toyos, M. (2015). El duende del psicoanálisis y las neurociencias. *Calibán*, 13(2), 36-46.

3 Cf. Marcelo Toyos (2015) trae en su texto la información de que en 1933 en Buenos Aires aparece el trabajo de Freud y Breuer Comunicación preliminar (sobre *Estudios sobre la histeria*), cuya traducción del alemán se había pedido a Argentina desde España, pero en España el dictador Franco anuló esa publicación por considerarla inhumana y nociva para la sociedad.